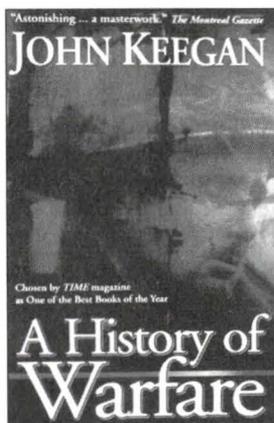


# LA ULTIMA INCOMPRESION DE CLAUSEWITZ\*

(PRIMERA PARTE)

Claudio Collados Núñez \*\*



Un excelente libro de historia militar da margen a su autor a profirir, a lo largo de toda su exposición, una intensa y obsesiva diatriba contra Clausewitz, al que le atribuye intolerables desviaciones morales, cuya influencia en las mentes castrenses

a lo ancho del mundo, habría generado toda una secuela de interminables guerras, particularmente inhumanas por el intransigente maximalismo destructivo implícito en las concepciones del pensador alemán.

La lectura de la obra "A history of warfare", de John Keegan, Vintage, Toronto, 1994, 432 páginas, permite además, vislumbrar la raíz de muchos malentendidos sobre el fenómeno de la guerra, ya que su análisis, en vez de impulsar un enriquecedor diálogo, cava verdaderas trincheras tras las cuales se encastilla el autor, polarizando el debate en términos incompatibles con el carácter académico que le es inherente, único en que se podría llegar a razonables conclusiones. Lo peor del caso es que tal polarización abre en el ámbito de las disciplinas políticas una incompatibilidad conceptual entre quienes estudian la guerra con el legítimo ánimo de comprenderla, generalmente los políticos

y los militares, y los que lo hacen, ya sea con el propósito de humanizarla, regulando las normas internacionales que buscan atenuar el rigor intrínseco de la violencia bélica, o con el de abolirla, mayormente movimientos pacifistas antimilitaristas que creen honestamente que la guerra la generan las instituciones castrenses, como es el caso del citado pensador inglés.

Unas breves consideraciones sobre los tópicos tratados en esta otra obra nos aproximan al origen de esas divergencias que, con demasiada frecuencia, distorsionan una adecuada consideración de tan importante tema.

Luego de una corta introducción, se harán breves resúmenes de las exposiciones principales del autor del libro, acotando, en notas de pie de página, comentarios referidos a su tratamiento de las ideas de Clausewitz. Un comentario final cerrará esta exposición.

## Introducción.

John Keegan es un inglés, hijo de militar, quien, por impedimentos físicos, no pudo seguir la carrera de su padre; se hizo historiador y luego, más por casualidad que por vocación, se convirtió en un historiador militar.

Incorporado como profesor de historia a la Academia Militar de Sandhurst, desde su ingreso quedó fuertemente impresionado por la variedad de uniformes que observaba en su derredor y cayó en cuenta que, si había pensado que el Ejército era un ejército, en realidad no era así; de hecho, era más bien una agrupación de Regimientos y el factor funda-

\* El presente artículo será publicado en dos partes, en las Revistas N° 4 y 5/98 respectivamente.

\*\* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magno Colaborador, desde 1982.

mental de la cohesión interna que caracterizaba a cada uno de ellos, era el tribalismo de cada Unidad, muchas de las cuales existían desde el siglo XVII.

Lo mismo pudo observar en oficiales franceses, alemanes, norteamericanos e indios, cuyo espíritu de cuerpo se afincaba en los desempeños históricos de sus tropas en las principales guerras por ellos libradas, esto es, respectivamente, la franco-alemana, la germano-rusa, las de Vietnam o del Golfo, y las coloniales del Indostán.

De lo anterior, dicho autor desprende que los militares, es decir, en su concepto más amplio, los profesionales castrenses, son diferentes a los civiles y que la guerra no es igual a ninguna otra actividad humana; aunque se conecta con la economía, la diplomacia y la política, no es ni igual ni siquiera similar a ellas.

Piensa que la diferencia reside en que la guerra es llevada a cabo por hombres cuyos valores y habilidades no son las de los políticos, diplomáticos y economistas, y que, por todo ello, forman un mundo aparte, paralelo al mundo cotidiano, pero al que, en realidad, no pertenecen.

En todo caso, estima, ambos mundos se van modificando y es evidente que el mundo militar se va adaptando al civil, pero nunca llegan ambos a coincidir, porque la cultura de un guerrero nunca puede ser la de un civil.

Considera que, si bien todas las civilizaciones deben su origen al guerrero, y sus culturas nutren a quienes las defienden, siempre subsisten diferencias en sus respectivas externalidades; por lo demás, según el autor, aunque hay tradiciones guerreras distintas, últimamente se está conformando una sola cultura guerrera mundial.

Es esta evolución cultural, la que constituye el tema de su libro:

*La Guerra en la Historia de la Humanidad.*

Como el nombre del libro lo indica, el autor, en vez de estudiar el fenómeno "war", se centra en describir la evolución del fenómeno "warfare", que es algo muy distinto.

Así, la historia que analiza no es exactamente la historia de la guerra, sino de las modalidades de hacer la guerra, esto es, el decurso del "quehacer guerrero", verdadero sentido de la expresión "warfare".

No obstante hacer esta aclaración fundamental al inicio del libro, el autor sorprende de partida al lector, pues abandona su tema básico: "warfare" y se centra en su parónimo "war"; de hecho, comienza su exposición con el tema: ¿qué es la guerra? y, contestándose, en forma por demás categórica, dice: la guerra no es la continuación de la política por otros medios, agregando que el mundo sería un lugar muy fácil de entender si este aserto de Clausewitz fuera verdadero.



General Karl von Clausewitz.

Para descartar o, más bien descalificar a Clausewitz, argumenta que el pensador alemán es incompleto, porque su pensamiento requiere de la existencia del Estado, de sus intereses y de la racionalidad para alcanzarlos, en circunstancias que la guerra existe desde mucho

antes del Estado, ya que es tan antigua como el hombre y se radica en su corazón, donde el egoísmo disuelve todo propósito racional, donde reina el orgullo, donde la emoción avasalla y donde el espíritu es rey.<sup>1</sup>

Es por ese asignado carácter irracional del espíritu humano que tiende a la guerra, que la preocupación básica de Keegan es el

1 Al respecto cabe desde ya apuntar que la guerra inter-estatal analizada por Clausewitz es ciertamente la más evolucionada, pero no por eso sus consideraciones dejan fuera de contexto las guerras más elementales, porque incluso las sociedades más primitivas, como las que describe tan vividamente la notable película "La guerra del fuego", luchan colectivamente para alcanzar una condición que les es esencial para su supervivencia, generando con ello un progreso que se consolida luego en un nuevo estadio de civilización. Para dicho logro, es evidente que incluso las sociedades más primitivas deben formular, necesariamente, aunque tal vez en su caso en una forma tácita y elemental, un propósito por alcanzar, una variedad de medios a utilizar y una gradación de métodos a emplear, es decir, un objetivo de guerra y una estrategia que les permita el logro del objetivo político que no han podido pacíficamente alcanzar.

tratamiento racional que Clausewitz da a la capacidad de lucha, considerada un resabio del salvajismo primitivo, por lo que no merece procesarse en términos lógicos, sino, por el contrario, inhibirse y, sólo cuando ya el recurso a la violencia sea inevitable, al menos intentar que se traduzca en una “guerra civilizada”. Lo que más le exaspera es que, en la sociedad evolucionada de nuestro siglo -que por lo mismo debería ser pacífica- se dé cabida a intelectuales de la guerra, que, según él, la alientan y la hacen cada vez más destructiva; ante esta situación, sostiene que ello no tiene otra explicación que la coexistencia, en una precaria interrelación, de dos culturas diferentes: la del ciudadano y la del guerrero.

Así, Keegan dice que el incendio de Moscú en 1812, de ejecución asegurada por la presencia de cosacos habituados tanto al pillaje como a su posterior incendio destructor, fue una decisión política del zar, fundada en que tales fuerzas eran una garantía de esa maniobra incendiaria, ya que para los cosacos la guerra no es política, sino una cultura y un modo de vida.<sup>2</sup>

En esta línea de pensamiento, Keegan sostiene que la propia inserción de Clausewitz en su cultura dieciochesca, le impide ver que su estilo de hacer la guerra, tan diferente al de los cosacos, es un producto de esa cultura refinada que le rodea y, por eso, su respuesta a “qué es la guerra” es defectuosa, puesto que si se saliera de ese marco y tuviera la oportunidad de ampliar su perspectiva, tendría que aceptar que la guerra (aquí retoma su concepto de “quehacer guerre-

ro”), abarca mucho más que la política, porque es una expresión de la cultura e, incluso, es una determinante de la cultura.<sup>3</sup>

El autor insiste en la influencia del tribalismo que marca a los Regimientos. Para Keegan, Clausewitz es un oficial regimental, esto es, un miembro de una unidad muchas veces centenaria, como las que perviven incluso hasta nuestros días (en Inglaterra y Suecia). En tales términos, equivale, en el orden funcionario, a un burócrata estatal o a un miembro del Foro.

Considera que el Regimiento fue un ingenio para asegurar el control de la fuerza armada del Estado y superar así, primero al feudalismo, y después al mercenarismo; constituyó la clave del poder del soberano y cada una de estas Unidades se acercó en una determinada localidad, siendo su Comandante designado por el Rey, pero su dotación la proveía la ciudad; la aristocracia pueblerina era la base social de los oficiales, obteniendo la tropa de los hombres más rudos del pueblo. Así, en el caso de Clausewitz, se trató del 34 Regimiento prusiano de infantería, de guarnición, desde 1720, en Neuruppin, un pueblo de Brandeburgo a cuarenta millas de Berlín.

A la larga, estas Unidades, creadas para salvar a la sociedad de elementos disruptivos, fueron creando una cultura propia que olvidó su misión original; luego se estratificaron socialmente y, finalmente, se disociaron de la cultura a la cual protegían.

Frente a estos Regimientos aislados se enfrentaron los Ejércitos franceses, fundados en la igualdad de los ciudadanos y

2 Lo notable en este tema es el hecho de que el autor, al intentar una respuesta a “qué es la guerra”, en vez de adentrarse en sus abstrusos e incómodos meandros conceptuales, se centra en estudiar “a los que hacen la guerra”, en una perspectiva mental, no muy infrecuente, que es la de todos aquellos que confunden la guerra con los ejércitos, y consideran a éstos como entidades constituidas por personas desarraigadas de sus sociedades que, por lo general, condenan fundamentalmente el homicidio, ya que sus valores morales reprueban su práctica; por lo mismo, estiman que toda expresión de violencia no puede ser legítima y constituye una intolerable aberración cultural. Por ello, concluyen, no cabe sino arrinconar a tales huestes en su propio mundo cultural, naturalmente perverso.

Actitud muy distinta a la de Clausewitz, que estudia la guerra en sí, como fenómeno político, y lo hace en cuanto a concepto (la guerra absoluta), pero también la analiza en su diversidad histórica (guerra real).

3 Empiezan ya a aparecer las confusiones entre “guerra” y “quehacer guerrero”, que conviene tener presente y definir antes de seguir sus argumentaciones, dejando en claro que “guerra” es un fenómeno político y “quehacer guerrero”, es efectivamente un modo de hacer la guerra y puede asimilarse a un rasgo cultural.

El caso es que, al comparar peras con manzanas, crea una inevitable confusión que favorece la presentación de su tesis, dificultando el retruque de sus argumentaciones formuladas sobre términos incompatibles.

en el deber de todos de cargar armas para desbaratar el orden aristocrático. Clausewitz, de vuelta de su condición de prisionero francés, adoptó el llamado “doble nacionalismo”, esto es, se rebeló contra el Emperador que ordenaba aceptar ideas de Francia, se alejó de su tierra y se incorporó al ejército del Zar. El autor señala que este “doble nacionalismo” es el mismo que llevó a los militares japoneses, antes de la Segunda Guerra Mundial, a desobedecer las políticas moderadas de la clase dirigente, para obedecer “los verdaderos intereses del Emperador”.<sup>4</sup>

De vuelta a su patria, en 1813, Clausewitz se unió a la Guerra de Liberación y, posteriormente, se dedicó a intelectualizar una concepción polemológica de validez mundial que permitiera sublimar el carácter esencial de la “guerra absoluta” (cruel, subhumana) en la “verdadera guerra” (humana, heroica). Comparando a Alemania (gobernada por un rey) con Francia (revolucionaria), Clausewitz, según Keegan, habría pensado cómo insuflar el espíritu avasallador de los ejércitos franceses, sin tener que hacer una revolución en su patria. ¿Cómo hacer la guerra popular, sin destronar al Rey? La respuesta era: ¡convencer a los germanos que la guerra es una forma de actividad política! La “guerra verdadera” se acercaría así a la “guerra absoluta” y cualquier distancia subsistente sería endosable al pago que la estrategia debe a ciertas nece-

sidades políticas. Así, el soldado prusiano quedaría en un estado de “inocencia política”, pero con el fuego de la política fluyendo por sus venas.<sup>5</sup>

El autor considera que Clausewitz fue el apóstol de una filosofía revolucionaria de hacer la guerra como una forma de política; todo esto ante una casta militar que consideraba a la política un anatema. Para ello, elevaba los valores del soldado regimental -deber hasta la muerte- al status de un credo político, absolviéndolo de toda reflexión política más profunda. Se consideró que su libro “De la guerra”, era la esencia de una forma exitosa de llevarla a cabo, elevando con ello el prestigio militar de su patria.

El éxito prusiano a este respecto, sirvió de modelo para otros países; en particular se imitó el servicio militar, que alcanzó el rango de norma social y llevó a militarizar a la sociedad, haciendo realidad aquello de que la guerra es la continuación de la actividad política. Si se acepta la conscripción, ¿cómo se puede negar que la guerra y la política pertenecen a un mismo continuum?<sup>6</sup>

De hecho, sin embargo, dice Keegan, la Primera Guerra Mundial puso a todos en guerra por el mero interés de la guerra y el objetivo real de la guerra fue pronto olvidado.<sup>7</sup>

Keegan señala que Clausewitz no es directamente responsable de lo ocurrido en

4 Es evidente que en estas burdas ironías, el autor revela el verdadero sentido de la narración, que no es otro que ir erosionando la legitimidad del interés institucional, al contraponerlo, artificiosa y forzosamente, al superior interés nacional. De aquí surge la frecuente visión corporativista que se le asigna a las FF.AA. por parte de quienes no conciben que una Institución, al abogar por mantener en buen nivel su capacidad operacional, esté realmente preocupada de su misión nacional, que la trasciende, y no, simplemente, de su propia influencia y bienestar.

5 Esta presentación de la guerra como una invención fantasiosa de Clausewitz y no como el fruto maduro de su esfuerzo valioso por desentrañar su esencia, no logra explicar su profunda influencia en el pensamiento político-estratégico, no sólo en los medios castrenses sino en los círculos académicos. La coherencia del planteamiento clausewitziano, mayormente cuestionado en estos días por la enorme capacidad de daño de las armas nucleares, no merece sino el reconocimiento a su perspicacia, siendo su esfuerzo intelectual y su rigor dialéctico mucho más valiosos que la orientación del autor, que al trasladar el tema de su análisis, desde “war” a “warfare”, esquivó poco elegantemente, en base a una voluminosa pero simple erudición, el verdadero problema político que sí supo enfrentar honestamente el pensador alemán.

6 Aquí aflora la punta del iceberg; para Keegan la conscripción universal debe ser cuestionada porque legitima a una cultura nacional única, que debe incluir valores que en alguna medida enaltecen la preparación para la guerra; a su juicio, ello la hace inaceptable, porque descalabra el concepto de dos culturas, una militar y otra civil.

De nuevo la confusión. Una cosa es que, derivada de la política exterior y de la de defensa, haya una política específicamente militar frente a la guerra, pero algo muy distinto y contraproducente, es que se trate de segmentar artificialmente a la nación en dos culturas distintas, una civil y pacifista, y otra militar y belicista, lo que no pasa de ser una idea simplista en su maniqueísmo irreal.

7 Juicio aventurado. Lo que ocurre, especialmente en guerras prolongadas, es que el objetivo de guerra se va modificando en cuestiones secundarias o por el ingreso de nuevos actores, pero en lo principal de ese conflicto, la disolución de los Imperios centrales que pretendían trastocar el equilibrio europeo, fue un objetivo incommovible.

1914-18 -a pesar de lo que diga Basil Henry Liddell Hart- pues su libro, que pretendía ser un trabajo científico, no era sino un trabajo ideológico, planteando un mundo, no como es, sino como debe ser. El propósito de la guerra es servir un fin político; la naturaleza de la guerra es, solamente, servirse a sí misma. En conclusión, según esa lógica, quién hace la guerra como un fin en sí misma, será probablemente más exitoso que quien busca moderar su carácter por propósitos políticos.<sup>8</sup>

Pero el autor insiste en que la ideología de la “guerra absoluta” fue la ideología de los ejércitos de la I Guerra Mundial, y el aplastante destino de aquellos ejércitos surgidos para ella y enfrentados por su dedicación a ella, puede ser la interminable herencia de Clausewitz.<sup>9</sup>

Además, señala el autor, hay situaciones históricas que nada tienen que ver con la idea de Clausewitz, como son los casos de los indígenas de isla de Pascua, Mamelucos de Turquía, Zulúes de Sudáfrica y Samurais de Japón. Sus modos de hacer la guerra, en nada aceptan el encuadra-

miento intelectual de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política. En todos estos casos no se da que la política oriente la guerra, sino que lo hace la cultura.

La idea central que se trata de imponer en el libro del inglés, es que a través de la cultura se logrará erradicar el sostén popular de la guerra y ésta, como hecho cultural, desaparecerá.<sup>10</sup>

El esfuerzo dialéctico de Keegan es un largo intento de demostrar su teoría, según la cual, los hombres de armas, y sus instituciones, no merecen tener una posición influyente, ni siquiera destacada, en la sociedad a la que protegen, pues estima que no pertenecen a ella.<sup>11</sup>

Analizar la guerra desde el punto de vista del armamento, no lleva sino al nivel táctico, donde las armas dominan. Lo esencial de la guerra es que implica intención política y recurso a las armas; si no hay intención política, es sólo lucha, que es la idea de Keegan; si no hay armas, es sólo hostilidad, que puede resolverse por otros medios políticos, distintos a la fuerza. Quien quiera analizar la guerra en el nivel político-estra-

8 Aquí Keegan peca de descuido. Para leer a Clausewitz hay que tener presente su estilo; bien se sabe que fue un libro escrito por etapas y luego madurado y sometido, en la medida que su vida azarosa se lo permitía, a importantes revisiones; Raymond Aron lo presenta con toda propiedad en tales términos. Por lo demás, no es difícil entender que la “guerra absoluta” no fue sino una reducción al absurdo, como método de análisis, lo que es de uso corriente en el ámbito científico para facilitar la comprensión de los factores envueltos, pero en ningún caso era un desideratum de lo que debía ser el fenómeno investigado, intención voluntarista que nunca pasó por la mente del pensador alemán. En referencia a ello, Clausewitz señala: “Hay que reconocer que el espíritu humano difícilmente se sometería a esta ensoñación lógica (la guerra absoluta). De ello resultaría a menudo un inútil despilfarro de fuerzas que necesariamente encontraría un contrapeso en otros principios del arte de gobernar; se requeriría una tensión de la voluntad que no estuviera en equilibrio con el fin fijado, y que, en consecuencia, no podría ser provocada, pues la voluntad humana jamás extrae su fuerza de sutilezas lógicas. “Como dice Raymond Aron al respecto: “Nunca se insistirá demasiado sobre este texto (I,1,6), donde Clausewitz, de manera irrecusable, explícita, previene contra una interpretación falsa de sus conceptos o su método: lejos de que la guerra absoluta sea un ideal al cual conviene acercarse, el arte político ordena mantener el equilibrio entre los intereses en juego y los esfuerzos que insumen. La necesidad abstracta del ascenso a los extremos no constituye en ningún momento un imperativo praxiológico. Cuando se consideran las guerras reales, la posibilidad de descenso determina y debe determinar la conducción, tanto como la necesidad abstracta del ascenso”.

9 La guerra de trincheras, que caracterizó gran parte de la I Guerra Mundial, es precisamente la intención menos agresiva, que pretendía precisamente evitar, aunque no lo logró, las carnicerías tan vinculadas a una interpretación falsa del pensamiento de Clausewitz, quien observó el absurdo de una descomunal batalla decisiva y fue enfático en señalar que el fin que persigue la guerra, a través de la estrategia que maneja variados resultados tácticos, es la paz, y la victoria es sólo la meta en el nivel táctico. Lo que hizo Clausewitz no fue un panegírico de la guerra, sino una invitación a pensar la guerra. No tiene pretensiones doctrinarias, sino habituarse a pensar con rigor conceptual.

10 Este es un planteamiento sobre la guerra que está cercano al que Gramsci hace respecto del capitalismo liberal, considerando ambos lo político como función de lo cultural. Lo anterior no implica, en modo alguno, que la guerra vaya a perder su esencia política; sólo abre la posibilidad de que la cultura modifique la política, haciéndola más o menos refractaria a la guerra y más o menos restrictiva en cuanto al empleo de sus medios coactivos. El sentido de estas alteraciones, está dado por el efecto del progreso sobre la convivencia humana y sobre los valores sociales imperantes, pero no hay que olvidar que una culturización universal es un proceso que provoca reticencias y aún violencia, si trata de imponer normas contrarias a las aspiraciones naturales y espontáneas de los hombres insertos en arraigadas culturas ancestrales.

11 Tal vez su principal error es basar su argumentación en los instrumentos de combate que han usado los guerreros desde el comienzo de la civilización, los que reduce a cuatro, conformando con ellos los capítulos de su extensa obra: la piedra, el animal, el hierro y el fuego.

tégico que le corresponde, aunque sólo lo haga a nivel de guerras reales, sin incursionar en la teoría de la guerra pura, debe partir por evaluar los pueblos participantes, las circunstancias históricas que los relacionan y la política internacional, junto a las características del entorno físico que encuadra a los probables objetivos políticos de guerra.

En relación con esta Introducción, llama la atención la desequilibrada posición intelectual del autor frente a Clausewitz. La primera frase de su planteamiento dice: "La guerra no es la continuación de la política por otros medios". Luego de tratar de despedazar la teoría del pensador alemán, se refiere a la persona de Clausewitz, presentándolo como un militar frustrado que muere en una epidemia de cólera, postergado y falto de reconocimiento en su propio país. Estima al pensamiento de Clausewitz insanablemente menguado, por su falta de análisis de situaciones históricas que no pudo o no quiso considerar, como las para él emblemáticas del carácter cultural de la guerra, cuales son los casos de los pascuenses, los zulúes, los samurais y los otomanos, incluyendo en éstos a los mamelucos y a los jenizaros, todo lo cual revela, según el autor, cuán incompleta, parroquial y finalmente, equivocada, es la idea de la guerra como la continuación de la política.

Las ideas de Keegan, son un llamado de alerta para quienes pretenden interpretar al pensamiento político-estratégico cultivado en las Instituciones Armadas, sin abandonar sus prejuicios respecto de la profesión militar, sin leer sus escritos y publicaciones y sin dialogar con sus autores en el distendido ambiente de los ámbitos académicos.

Mucho más inconveniente es confundir las corrientes de pensamiento político-estratégico propias de ese entorno -forjadas luego de intensa lectura de múltiples autores de las más variadas orientaciones y tras la fecunda reflexión a la que

incita, en cada caso, la no despreciable experiencia bélica nacional- con un llamado "mundo castrense", que sería paralelo, distinto y dislocado de la realidad nacional, en la que ni siquiera estaría inserto. Se destaca tal despropósito, por estar adquiriendo posiciones de predominio en los medios académicos y políticos de mayor influencia en el país, el referirse, reiterada e indiscriminadamente, a lo civil-militar, sin que, aparentemente, se percaten de la imprudencia de acentuar tal dicotomía, que no refleja, en absoluto, el carácter tradicionalmente homogéneo y ampliamente comprensivo de nuestra cultura nacional.

### **Desarrollo del tema: La Guerra como Cultura.**

Esta concepción de la guerra como cultura tiene casos paradigmáticos.

Uno de ellos es el de isla de Pascua, donde, a diferencia de Tahiti, todo era paradisíaco, se vivió una cruenta guerra permanente para sobrevivir. En las islas polinésicas no prospera la guerra porque su cultura logra un equilibrio entre las funciones de jefes, guerreros y habitantes y ello conforma una especie de "política" donde la guerra no es su continuación. En Rapa Nui, en cambio, se da la forma clausewitziana de la "guerra absoluta", la que viene a ser, no la continuación, sino el término de la política, de la cultura y, finalmente, de la vida. Representa la guerra como cultura de la muerte.

Otro caso es el de los zulúes. Aquí el guerrero Shaka, artífice del combate cuerpo a cuerpo, crea unidades regimentales por cada generación, debilita el área productiva y reduce la tasa de crecimiento vegetativo, estableciendo en su pueblo un sistema militar perfectamente clausewitziano, que es reacio a modernizarse y provoca su debilitamiento y su atraso, arrastrando con ello a su nación. Representa la guerra como cultura conservadora.

Otros son los mamelucos, soldados musulmanes de origen turco, no sólo

sometidos, lo que es común, según el autor, a todo servicio militar, sino que renuentes a superar su sometimiento, actitud que por sistemática subordinación, llegó a ser parte de su naturaleza. Eran, además, insensibles a todo cambio, lo que les hacía políticamente inofensivos para los musulmanes, enfrascados en la lucha fratricida entre shiitas (vía de la herencia) y los sunitas (vía del consenso); su adhesión absoluta era al Califa, cargo al que finalmente acceden en la provincia de Egipto, pero su incapacidad, clausewitziana según el autor, para desprenderse del caballo y del arco, que eran sus armas ancestrales, los llevó finalmente a perder sus batallas, por lo que vuelven a ser sometidos, esta vez por el Imperio Otomano, donde finalmente desaparecen por perder de nuevo sus batallas, siendo reemplazados por asesores alemanes discípulos de Clausewitz, convencidos, según el autor, de que hacer la guerra hace más fuerte a los pueblos. Representa la guerra como cultura del poder.

También están los samurais, guerreros cultos que, enfrentados a las armas de fuego extranjeras, cierran las fronteras, prohíben toda proliferación de armas fuera de la casta militar, por ser la única que se adscribía a un código moral de excelencia que regulaba su empleo sólo bajo formas caballerescas. Si bien no eran clausewitzianos, porque no concebían a la política como una actividad autónoma regida por lo racional y lo emocional, sí daban una gran

importancia a una concepción belicosa de la cultura (ese gran acervo de creencias, valores y usos compartidos). Representa la guerra como perpetuación de una cultura guerrera.<sup>12</sup>

Piensa el autor que las sociedades europeas modernas, en verdad no aprecian a la cultura guerrera, pues se aparta de sus postulados más profundos, pero, como le reconocen un valor para los propósitos del Estado, permiten que sobreviva, siempre y cuando lo haga en recintos aislados, como lo hacían los Regimientos de otra, totalmente diferentes en su ética al entorno civil que los acogía en su lugar de guarnición.<sup>13</sup>

Ya hemos señalado que incluso se ha llegado al abuso del idioma, al usar, tendenciosamente muchas veces, la expresión "sociedad civil" como contraparte de lo militar, ocultando que es una expresión académica de ciencia política cuya contraparte es la "sociedad política", concretamente, el Estado. De hecho, los así llamados "militares" pertenecen, individualmente considerados, a la sociedad civil, lo que no obsta para que las Instituciones militares propiamente tales, sean parte del aparato del Estado y, por lo mismo, integrantes de la sociedad política, hecho que, naturalmente, incomoda a muchos.

El autor inglés plantea que en el mundo europeo moderno, los Estados trataron de desmilitarizar a las sociedades

12 Toda esta erudita exposición sobre la cultura de estas castas guerreras, en nada contradice al pensamiento clausewitziano, pues se toca el tema de la guerra, no en su estructura esencial, sino en un plano simplemente histórico con visos sociológicos; se expone el comportamiento específico de unas "fuerzas combatientes", artificiosamente estudiadas frente a una falsa interpretación del autor alemán, con el propósito de contribuir a la fundamentación del concepto central del autor inglés, esto es, que la guerra no es un fenómeno político, sino un hecho cultural, originado en la orientación obsesiva por la violencia, por parte de ciertos núcleos culturales militaristas enquistados en las sociedades civiles a lo largo de la historia.

Aquí ya se anticipa la reiterada concepción que los militares no pertenecen a la sociedad civil y que son, más bien, sus detractores, idea que, siendo falsa, se maneja en forma engañosa y ha llegado a ser compartida por sectores influyentes del quehacer académico y político nacional, que asimilan el ámbito intelectual del pensamiento militar, en su estudio de la guerra, como algo exclusivo de los profesionales de las armas, lo que es falso, como lo comprueba el amplio desarrollo de estos estudios entre científicos políticos, y, aún más, lo extrapolan indebidamente a un ámbito sociocultural, dando por hecho la existencia de dos sociedades: una civil y otra militar. Se llega incluso a situaciones en que se pretende sorprender a ciudadanos desprevenidos, presentando a tal "sociedad civil" como la contraparte de una "sociedad militar", ocultando que en el lenguaje de la ciencia política al cual pertenece el concepto, su verdadera contraparte es la "sociedad política o Estado".

13 Cabe reiterar que esta teoría del ghetto militar mantiene muchos seguidores en nuestro tiempo, los que, de paso, impulsan como un gran avance, esfuerzos destinados a estrechar la voceada relación civil-militar, pretendiendo con ello adular a los medios castrenses, al reconocerles un alto prestigio por considerarlos en el mismo nivel de su contraparte civil; tanto ellos como ésta, no siempre se detienen a evaluar en todo su profundo sentido disociador, esta artificiosa e imprudente extrapolación de lo intelectual y académico a lo cultural y social, dando crédito al concepto de una sociedad nacional cultural y socialmente escindida.

nacionales, pero el hecho político puntual de la Revolución francesa les obligó a remilitarizarlas, situación que perduró hasta la guerra en Vietnam y, aún más, hasta la disolución de la URSS.

Por otra parte, desde la Revolución francesa, que remilitarizó desde abajo -conformando la nación en armas- y la reacción de las Potencias, que remilitarizaron compulsivamente desde arriba, el mundo ha cambiado. Cada vez más frecuentemente se aprecia la indecisión de la guerra, avizorándose un mundo sin guerras por ausencia de conflictos realmente políticos, lo que de paso deja sin aplicación a Clausewitz. El mundo se hace pacífico, anti-bélico, así como se hizo libertario, anti-esclavitud.<sup>14</sup>

#### **Primer elemento de la Cultura Guerrera: La Piedra.**

El autor toma su hilación de la historia del quehacer guerrero a partir de las formas de lucha; inicialmente individual, luego tribal, pero siempre muy primitivo y de carácter ampliamente masculino. Esta realidad se va perfeccionando hasta convertirse en una guerra real que señala el surgimiento del Estado, con ejército y oficiales. Los primeros casos son Sumeria y Egipto, ambos basados en una explotación agrícola, y ambos caracterizados por el uso del caballo y el carro de guerra. Esto convierte a los aurigas en los primeros verdaderos agresores de la historia humana.

Ante la agresión, se desarrolla la fortificación. Posteriormente surgen el punto fuerte y los castillos, todos ellos dispersos en un área con implícita autoridad central; luego vienen las marcas y murallas, caso

romano y chino; finalmente, cuando éstas son permeadas, surgen las ciudades amuralladas, con su defensa puntual y sus fueros locales.<sup>15</sup>

#### **Segundo elemento de Cultura Guerrera: El Animal.**

El carro de combate, que utiliza fundamentalmente al caballo, requiere una amplia organización de apoyo y especialización; así surge una polarización entre el jinete guerrero, nómada y sanguinario, y el agricultor pacífico, sedentario y civilizado.

Los instrumentos de guerra eran el arco y el caballo; la táctica, el ataque por sorpresa, rodear a los campesinos y venderlos como esclavos. Así surge Asiria. Posteriormente, el simple caballo desplaza al carro de guerra.

Los Hunos y los Tártaros eran guerreros sin ambiciones político-territoriales, sólo les motivaba el pillaje; según Keegan, eran guerreros por la sola guerra, por el sabor del triunfo. Hicieron de la guerra una cosa en sí misma. Según Keegan, de aquí surge el militarismo, ese aspecto de las sociedades en las cuales, la mera habilidad para hacer la guerra en cualquier momento y con beneficio, llega a ser en sí misma una razón para llevarla a efecto. Sin embargo, el autor señala que en esta época todavía no puede hablarse de militarismo, porque éste presupone la existencia de un ejército como una institución dominante, aunque separada de las otras instituciones sociales.

Estas hordas ejecutaban una "guerra absoluta", sin limitaciones, sin propósito común y sin ánimo de negocios, sino simplemente, por alcanzar la victoria. Su guerrear no tenía objetivo político en el sentido clau-

14. El esfuerzo fundamental de Keegan es revisar el curso histórico de la humanidad, desde un pasado cargado de un pérfidamente alimentado espíritu guerrero, hasta un presente, pretendidamente pacífico, lo que no pasa de ser un "wishfull thinking" de quienes confunden pacífico (la guerra sólo como recurso extremo) con pacifista (la paz a cualquier precio), utopía que, día a día, los porfiados hechos se encargan de desmentir. Por otra parte, la tesis de la extinción de la soberanía nacional subyugada por la globalización, que campea jubilosamente por muchos gabinetes, omite, tal vez deliberadamente, constatar que China, los árabes, India, Japón y el mundo asiático en general, siguen porfiadamente empujándose sobre sus convicciones, sin sentirse limitados por el horizonte cultural occidental. Es lógico, por lo demás, que si se instaura un orden internacional que efectivamente impida el ejercicio del derecho soberano de los Estados al legítimo recurso bélico, no es Clausewitz el que queda sin aplicación, sino la guerra.

15. El análisis de la piedra nos acerca al concepto de ataque, en cuanto a honderos (David), pero preferentemente al de defensa (Jericó); ambos son conceptos fundamentales del análisis clausewitziano, libros VI y VII, por lo que mal puede decirse que su pensamiento no los abarca.

sewitziano y no tenía tampoco ningún efecto cultural transformador positivo.<sup>16</sup>

Los ejércitos europeos de la época del imperialismo decimonónico fundaban su eficiencia en dos pilares propios: uno, originado en un principio fuera de la estrategia, la organización burocrática, y el otro, heredado de los griegos: la batalla decisiva. Todos los demás, campañas distantes, maniobras veloces, armas arrojadas, uso de la rueda, fusión hombre-caballo, eran de origen este-pario. Junto con ellos, se recibe de los hunos y mongoles la idea de que la guerra es una actividad autónoma, desvinculada de la familia, la raza, el territorio o finalidad política particular; que la vida del guerrero es una, que es en sí una cultura.<sup>17</sup>

Tal tipo de cultura, algo diluida, es la de los cosacos que, según Keegan, tanto impresionaron a Clausewitz por sus formas no militares. El autor inglés dice que, a pesar de su falta de formas militares, perturbaron al mundo por mucho más tiempo que la propia estrategia clausewitziana; sin embargo, a la transmisión de su rudeza, ferocidad y obsesión por la victoria incondicional, le debe Clausewitz mucho más que lo que su ordenada mente pudo haberle permitido reconocer.<sup>18</sup>

En opinión de Keegan, Clausewitz sólo reconocía que tenían tradición militar las orga-

nizaciones del Estado burocrático; sin embargo, el autor señala que, además de los cosacos, habían muchas otras, como las rusas de siervos milicianos, muy parecidas a las fuerzas de conscriptos que él mismo ayudó a formar en Prusia, las románticas unidades de jóvenes alemanes patriotas dispuestos a combatir a los franceses; los regimientos suizos, polacos o croatas a disposición del mejor postor, e incluso francesas, como el Batallón de Neychatel, que a la caída de Napoleón se transformó en la Guardia Imperial prusiana.

¿Cabría, dice Keegan, frente a esta mezcla de mercenarios, sustentarse aquello de que la guerra es la continuación de la política? De esta interrogante, el autor incursiona en un largo desmantelamiento de las teorías de algunos sociólogos militares, como Andreski -a quien considera discípulo de Hobbes y de Malthus, y le asigna, por lo tanto, cierta falta de rigor valórico- quien destaca el aura con que la vida militar atrae a la población masculina. De aquí a recurrir al descalificatorio machismo exagerado -o chauvinismo, como le llaman los angloparlantes- hay sólo un paso. Keegan resta valor a la opinión de Andreski porque es un universitario que nunca abandonó las aulas; no como él, que por tener un conocimiento de por vida del Ejército bri-

16 Hay aquí un nuevo ejemplo de mala lectura. La "guerra absoluta" de Clausewitz es sólo un caso límite, abstracto, en el cual se lucha con toda la energía posible, describiéndola reducida a una simple lucha ciega en que cada quien quiere abatir al otro, sin motivaciones ni finalidades políticas. Pero eso es parte de su método: reducir los extremos al absurdo. Sólo para facilitar su comprensión hace referencia a la guerra primitiva, por considerarla la que más se aproxima a la guerra absoluta de su esquema conceptual. Es en este contexto que Clausewitz señala que el desarme constituye el objeto propio de la acción bélica, con lo que el fin (político), en lo conceptual y sólo en ese plano, no pertenecería a la guerra. Es en la "guerra absoluta" donde se hace abstracción de sus orígenes y de sus fines, pero ello es sólo una categoría de análisis y Clausewitz es insistente en afirmar que no se puede separar una "guerra real" de sus orígenes y de sus fines. Es en la "guerra absoluta" donde se plantea "el ascenso a los extremos", los que en la "guerra real" quedan limitados por los medios y los fines, precisamente porque la guerra es la continuación de la política por otros medios. Lejos de que la guerra absoluta sea un ideal al cual conviene acercarse, el arte político ordena mantener el equilibrio entre los intereses en juego y los esfuerzos que insumen (Libro I, Cap. 1, 6). Todo el esfuerzo de Keegan se cae a pedazos. Tal vez, intuyendo sus contradicciones, recurre a descalificaciones personales increíbles en un académico.

Además, aquí el autor, como el más perfecto impulsor de la ya antigua pero no por ello menos persistente "leyenda negra", de ingleses contra españoles, ibéricos y latinos en general, lanza la siguiente insidia, digna de mejor causa: "...los caballeros de la Reconquista combatieron al Islam con una rudeza que Ghengis Khan habría aplaudido. La guerra a outrance, ciertamente echó raíces en España; no es fantástico sugerir que el terrible destino de Incas y Aztecas a manos de los conquistadores españoles, habría llamado profundamente la atención del propio Ghengis". La inquina que evidencia esta infundada generalización, que olvida los inhumanos genocidios y trata de esclavos anglosajones en África y Norteamérica, exige su más rotundo rechazo.

17 No es un misterio que esta es la idea del autor sobre las FF.AA., particularmente las de países para él no suficientemente democráticos. ¿Las latinas, en particular, tal vez?

18 Aquí queda reafirmada, palmariamente, la idea del autor sobre la ferocidad implícita en las teorías de Clausewitz, desconociendo descomedidamente el respeto del pensador alemán sobre las magnitudes morales envueltas en el condicionamiento político de las guerras, así como su específica distinción según sus fines, en guerras de aniquilación o abatimiento y de desgaste o atrición, todo ello regulado en su intensidad por la importancia del objetivo político de guerra.

tánico, se considera capaz de decir, fundamentalmente, que algunos hombres no pueden ser sino soldados, ya que conforman una cultura propia, distinta de la más amplia a la que pertenecen, y que opera bajo otros sistemas de premio y castigo, en que los primeros no son materiales, sino más bien simbólicos, y los segundos, bastante más duros y exigentes que los de un ciudadano común. Caricaturiza además, así, sin más, que, en este mundo militar particular, tienen valor preeminente la compañía y la admiración de un compañero, el compartido desprecio por el mundo exterior, la liberación que otorga la competición y el rigor de la vida militar, así como la grata perspectiva del "reposo del guerrero" con la añorada figura femenina del pueblo natal.<sup>19</sup>

En todo caso, afirma, los militares, en una sociedad civilizada, son una absoluta minoría. Así como Huxley dijo que un intelectual es una persona que ha descubierto que hay algo más interesante que el sexo, así también se puede decir que un hombre civilizado es aquel que ha descubierto que hay algo más interesante que el combate.

Para no hacer tan desolador lo anterior, el autor propone seis variedades de guerreros:

- 1. Guerrero. Samurai, caballero medieval, sikhs, zulúes.
- 2. Mercenario. Sirve por pago en dinero, tierras o títulos.
- 3. Esclavo. Prisioneros de guerra o comprados.
- 4. Regular. Profesionales de las armas.
- 5. Conscripto. Ciudadano cumpliendo una carga cívica.
- 6. Miliciano. Ciudadano comprometido a servir en unidades militares por tiempo convenido.

En la I Guerra Mundial, todos los

Estados tenían conscripción y un fuerte nacionalismo, pero al final, el sistema perdió su espíritu. En 1917 hubo pequeños motines en Francia; el Ejército ruso se rebeló; al término de la guerra, el Ejército alemán se auto-desmovilizó, entregando el Imperio a la revolución.

Señala Keegan que es en base al sistema de conscripción, surgido con la Revolución francesa, que Clausewitz diseñó su esquema de guerra como continuación de la política, pero la grave rémora del sistema, dice el autor -que es militarizar a la sociedad a un alto costo- no se vislumbró o se encubrió.

Los países republicanos como Francia, retribuyeron la conscripción con el alto reconocimiento que les traía aparejado a los reclutas el ser considerados ciudadanos. Las monarquías del siglo XIX, por su parte, al menos inicialmente, no insistieron tanto en ello, sino que retribuyeron el servicio militar exaltando ampliamente el valor del nacionalismo. A la larga, no obstante, el sistema ciudadano se impuso, sumándosele, además, un fuerte nacionalismo. En aquellos países en que se demoró el establecimiento de las instituciones representativas, pero mantuvieron la conscripción, como en Prusia, las tropas de clase media que lucharon contra las fuerzas de Napoleón, asumieron posteriormente el papel de vanguardias de los derechos civiles aherrojados por el propio absolutismo nacional.<sup>20</sup>

Con la I Guerra Mundial, según el autor, se cumplió el ciclo iniciado 125 años antes con el "llamado a las armas" de la Revolución francesa; la política pasa a ser ahora la extensión de la guerra. De modo que el antiguo dilema de mantener ejércitos que sean eficientes y, a la vez, sustentables y confiables, quedó lejos de resolverse.<sup>21</sup>

\* \* \*

19 Todo un cuadro de vida espartana y de órdenes monástico-militares, trasladado inexplicablemente intacto y monolítico a nuestro tiempo, omitiendo que hoy impera la más amplia interrelación cultural que impide el aislamiento social de individuos e instituciones.

20 Queda claro que la conscripción es y ha sido la puerta para la plena ciudadanía; ningún otro servicio, sea de orden social, ecologista o humanitario, sin desmerecer su altruismo, logra comprometer en igual medida al ciudadano con su nación, pues su entrega personal no sólo le exige eventualmente los máximos sacrificios, sino que su accionar tiene como propósito asegurar la supervivencia del Estado, requisito esencial para el goce de todos los derechos y para el desarrollo personal y colectivo de todos sus habitantes.

21 Cualesquiera hayan sido los avatares de cada Estado en esa época, nada indica que el nacionalismo se hubiese debilitado, pues su fácil resurgimiento en Alemania y en Rusia, indica lo contrario. La referencia a los ejércitos como elementos generadores de inestabilidad, no tiene mayor base, pues precisamente en los países vencidos, fueron duramente tratados por el escalón político dominante y prácticamente desaparecieron como factor de poder y, en los vencedores, fueron drásticamente desmovilizados. Se trata de un simple slogan que conviene mantener presente en la mente del lector de estas líneas.